

Domingo XXI del Tiempo Ordinario (B)

(Domingo 26 de agosto de 2018)

1. TEXTOS LITÚRGICOS

1.a LECTURAS

Serviremos al Señor, ya que Él es nuestro Dios

Lectura del libro de Josué 24, 1-2a. 15-17. 18b

Josué reunió en Siquém a todas las tribus de Israel, y convocó a los ancianos de Israel, a sus jefes, a sus jueces y a sus escribas, y ellos se presentaron delante del Señor. Entonces Josué dijo a todo el pueblo:

«Si no están dispuestos a servir al Señor, elijan hoy a quién quieren servir: si a los dioses a quienes sirvieron sus antepasados al otro lado del Río, o a los dioses de los amorreos, en cuyo país ustedes ahora habitan. Yo y mi familia serviremos al Señor».

El pueblo respondió: «Lejos de nosotros abandonar al Señor para servir a otros dioses. Porque el Señor, nuestro Dios, es el que nos hizo salir de Egipto, de ese lugar de esclavitud, a nosotros y a nuestros padres, y el que realizó ante nuestros ojos aquellos grandes prodigios. Él nos protegió en todo el camino que recorrimos y en todos los pueblos por donde pasamos.

Por eso, también nosotros serviremos al Señor, ya que Él es nuestro Dios».

Palabra de Dios.

SALMO Sal 33, 2-3. 16-23

R. *¡Gusten y vean qué bueno es el Señor!*

Bendeciré al Señor en todo tiempo,
su alabanza estará siempre en mis labios.
Mi alma se gloria en el Señor:
que lo oigan los humildes y se alegren. **R.**

Los ojos del Señor miran al justo
y sus oídos escuchan su clamor;
pero el Señor rechaza a los que hacen el mal
para borrar su recuerdo de la tierra. **R.**

Cuando ellos claman, el Señor los escucha
y los libra de todas sus angustias.
El Señor está cerca del que sufre
y salva a los que están abatidos. **R.**

El justo padece muchos males,
pero el Señor lo libra de ellos.
Él cuida todos sus huesos,
no se quebrará ni uno solo. **R.**

La maldad hará morir al malvado,
y los que odian al justo serán castigados;
pero el Señor rescata a sus servidores,
y los que se refugian en Él no serán castigados. **R.**

*Éste es un gran misterio:
se refiere a Cristo y a la Iglesia*

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los cristianos de Efeso 5, 21-33

Hermanos:

Sométanse los unos a los otros, por consideración a Cristo. Las mujeres deben respetar a su marido como al Señor, porque el varón es la cabeza de la mujer, como Cristo es la Cabeza y el Salvador de la Iglesia, que es su Cuerpo. Así como la Iglesia está sometida a Cristo, de la misma manera las mujeres deben respetar en todo a su marido.

Los maridos, amen a su esposa, como Cristo amó a la Iglesia y se entregó por ella, para santificarla. Él la purificó con el bautismo del agua y la palabra, porque quiso para sí una Iglesia resplandeciente, sin mancha ni arruga y sin ningún defecto, sino santa e inmaculada. Del mismo modo, los maridos deben amar a su mujer como a su propio cuerpo. El que ama a su esposa se ama a sí mismo. Nadie menosprecia a su propio cuerpo, sino que lo alimenta y lo cuida.

Así hace Cristo por la Iglesia, por nosotros, que somos los miembros de su Cuerpo. "Por eso, el hombre dejará a su padre y a su madre para unirse a su mujer, y los dos serán una sola carne".

Este es un gran misterio: y yo digo que se refiere a Cristo y a la Iglesia.

En cuanto a ustedes, cada uno debe amar a su propia mujer como a sí mismo, y la esposa debe respetar a su marido.

Palabra de Dios.

ALELUIA Cf. Jn 6, 63c. 68c

Aleluia.

Tus palabras, Señor, son Espíritu y Vida;

Tú tienes palabras de Vida eterna.

Aleluia.

EVANGELIO

¿A quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna

+ Evangelio de nuestro Señor Jesucristo según san Juan 6, 60-69

Después de escuchar la enseñanza de Jesús, muchos de sus discípulos decían: «¡Es duro este lenguaje! ¿Quién puede escucharlo?»

Jesús, sabiendo lo que sus discípulos murmuraban, les dijo: «¿Esto los escandaliza? ¿Qué pasará, entonces, cuando vean al Hijo del hombre subir donde estaba antes?»

El Espíritu es el que da Vida,

la carne de nada sirve.

Las palabras que les dije son Espíritu y Vida.

Pero hay entre ustedes algunos que no creen».

En efecto, Jesús sabía desde el primer momento quiénes eran los que no creían y quién era el que lo iba a entregar.

Y agregó: «Por eso les he dicho que nadie puede venir a mí, si el Padre no se lo concede».

Desde ese momento, muchos de sus discípulos se alejaron de Él y dejaron de acompañarlo.

Jesús preguntó entonces a los Doce: «¿También ustedes quieren irse?»

Simón Pedro le respondió: «Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de Vida eterna. Nosotros hemos creído y sabemos que eres el Santo de Dios».

Palabra del Señor.

1.b GUIÓN PARA LA MISA

Guion Domingo XXI Tiempo Ordinario (B)

(Domingo 26 de agosto de 2018)

Entrada:

La Santa Misa es el sacrificio eucarístico del Señor. En él Jesús se inmola con la misma inmolación que hizo en la cruz en el Monte Calvario. Unámonos a este sacrificio sacrificando nuestras vidas junto con la de Jesús por la salvación del mundo.

Primera Lectura:

Jos 24,1-2a. 15-17. 18b

Los israelitas reconocen en el Señor al Dios que los liberó de la esclavitud, y por eso están dispuestos a servirlo.

Segunda Lectura:

El gran misterio en el cual se realiza la unión entre Cristo y su Iglesia, es un misterio de amor.

Evangelio:

Jn 6,60-69

San Pedro expresa su fe y devoción ante el misterio de la Eucaristía: ‘Señor, sólo tú tienes palabras de vida eterna’.

Preces:

Oremos hermanos al Padre de las Misericordias, de quien, por quien, y para quien son todas las cosas, e intercedamos a favor de la Iglesia y del mundo.
--

* Por la Iglesia que sufre persecución, para que sus reiterados llamados a favor de la paz sean escuchados, y así se busquen soluciones pacíficas a todos los conflictos. Oremos.

* Para que los que gobiernan las naciones respeten los derechos fundamentales de cada ser humano y haz que los desterrados y emigrantes puedan volver, en paz, a su patria. Oremos.

* Por los enfermos y los pobres, para que sostenidos por la gracia de Dios y la ayuda eficaz de sus hermanos, se sientan plenamente integrados en la vida familiar y social. Oremos.

* Por todas nuestras familias, para que descubran el hermoso misterio del que son signo y vivan en plenitud el amor a imagen de Cristo y su Iglesia. Oremos.

Dios de todo consuelo, atiende bondadoso a nuestras peticiones para que podamos alegrarnos con tu misericordia, por Jesucristo nuestro Señor.

Ofertorio:

* Este **incienso** que se ofrece como signo de nuestra oblación diaria y de nuestra incesante oración.

* El **pan** y el **vino** para que se transformen en el Cuerpo y la Sangre de Cristo, que ha venido en carne para hacernos partícipes de su vida inmortal.

Comunión:

Al acercarnos a comulgar repetamos las palabras que dijo Pedro en el evangelio de hoy: “Señor, ¿a quién vamos a ir? Sólo tú tienes palabras de vida eterna”.

Salida:

Después de haber recibido el gozoso anuncio de que Cristo nos dejó su Cuerpo y su Sangre; aún más, después de haber celebrado el misterio de su Cuerpo y de su Sangre, vayamos al mundo a anunciarle que Jesús se entregó en sacrificio por la salvación de todos los hombres.

(Gentileza del Monasterio “Santa Teresa de los Andes” (SSVM) _ San Rafael _ Argentina)

Párrafos del Catecismo de la Iglesia Católica sugeridos por el Directorio Homilético

Domingo XXI Tiempo Ordinario (B)

CEC 1402-1405: la Eucaristía: “anticipación de la gloria futura”

CEC 2828-2837: la Eucaristía, nuestro pan cotidiano

CEC 1336: el escándalo

VII LA EUCARISTIA, "PIGNUS FUTURAE GLORIAE"

1402 En una antigua oración, la Iglesia aclama el misterio de la Eucaristía: "O sacrum convivium in quo Christus sumitur. Recolitur memoria passionis eius; mens impletur gratia et futurae gloriae nobis pignus datur" ("¡Oh sagrado banquete, en que Cristo es nuestra comida; se celebra el memorial de su pasión; el alma se llena de gracia, y se nos da la prenda de la gloria futura!"). Si la Eucaristía es el memorial de la Pascua del Señor y si por nuestra comunión en el altar somos colmados "de toda bendición celestial y gracia" (MR, Canon Romano 96: "Supplices te rogamus"), la Eucaristía es también la anticipación de la gloria celestial.

1403 En la última cena, el Señor mismo atrajo la atención de sus discípulos hacia el cumplimiento de la Pascua en el reino de Dios: "Y os digo que desde ahora no beberé de este fruto de la vid hasta el día en que lo beba con vosotros, de nuevo, en el Reino de mi Padre" (Mt 26,29; cf. Lc 22,18; Mc 14,25). Cada vez que la Iglesia celebra la Eucaristía recuerda esta promesa y su mirada se dirige hacia "el que viene" (Ap 1,4). En su oración, implora su venida: "Maran atha" (1 Co 16,22), "Ven, Señor Jesús" (Ap 22,20), "que tu gracia venga y que este mundo pase" (Didaché 10,6).

1404 La Iglesia sabe que, ya ahora, el Señor viene en su Eucaristía y que está ahí en medio de nosotros. Sin embargo, esta presencia está velada. Por eso celebramos la Eucaristía "expectantes beatam spem et adventum Salvatoris nostri Jesu Christi" ("Mientras esperamos la gloriosa venida de Nuestro Salvador Jesucristo", Embolismo después del Padre Nuestro; cf Tt 2,13), pidiendo entrar "en tu reino, donde esperamos gozar todos juntos de la plenitud eterna de tu gloria; allí enjugarás las lágrimas de nuestros ojos, porque, al contemplarte como tú eres, Dios nuestro, seremos para siempre semejantes a ti y cantaremos eternamente tus alabanzas, por Cristo, Señor Nuestro" (MR, Plegaria Eucarística 3, 128: oración por los difuntos).

1405 De esta gran esperanza, la de los cielos nuevos y la tierra nueva en los que habitará la justicia (cf 2 P 3,13), no tenemos prenda más segura, signo más manifiesto que la Eucaristía. En efecto, cada vez que se celebra este misterio, "se realiza la obra de nuestra redención" (LG 3) y "partimos un mismo pan que es remedio de inmortalidad, antídoto para no morir, sino para vivir en Jesucristo para siempre" (S. Ignacio de Antioquía, Eph 20,2).

IV DANOS HOY NUESTRO PAN DE CADA DIA

2828 "Danos": es hermosa la confianza de los hijos que esperan todo de su Padre. "Hace salir su sol sobre malos y buenos, y llover sobre justos e injustos" (Mt 5, 45) y da a todos los vivientes "a su tiempo su alimento" (Sal 104, 27). Jesús nos enseña esta petición; con ella se glorifica, en efecto, a nuestro Padre reconociendo hasta qué punto es Bueno más allá de toda bondad.

2829 Además, "danos" es la expresión de la Alianza: nosotros somos de El y él de nosotros, para nosotros. Pero este "nosotros" lo reconoce también como Padre de todos los hombres, y nosotros le pedimos por todos ellos, en solidaridad con sus necesidades y sus sufrimientos.

2830 "Nuestro pan". El Padre que nos da la vida no puede dejar de darnos el alimento necesario para ella, todos los bienes convenientes, materiales y espirituales. En el Sermón de la montaña, Jesús insiste en esta confianza filial que coopera con la Providencia de nuestro Padre (cf Mt 6, 25-34). No nos impone ninguna pasividad (cf 2 Ts 3, 6-13) sino que quiere librarnos de toda inquietud agobiante y de toda preocupación. Así es el abandono filial de los hijos de Dios:

A los que buscan el Reino y la justicia de Dios, él les promete darles todo por añadidura. Todo en efecto pertenece a Dios: al que posee a Dios, nada le falta, si él mismo no falta a Dios. (S. Cipriano, Dom. orat. 21).

2831 Pero la existencia de hombres que padecen hambre por falta de pan revela otra hondura de esta petición. El drama del hambre en el mundo, llama a los cristianos que oran en verdad a una responsabilidad efectiva hacia sus hermanos, tanto en sus conductas personales como en su solidaridad con la familia humana. Esta petición de la Oración del Señor no puede ser aislada de las parábolas del pobre Lázaro (cf Lc 16, 19-31) y del juicio final (cf Mt 25, 31-46).

2832 Como la levadura en la masa, la novedad del Reino debe fermentar la tierra con el Espíritu de Cristo (cf AA 5). Debe manifestarse por la instauración de la justicia en las relaciones personales y sociales, económicas e internacionales, sin olvidar jamás que no hay estructura justa sin seres humanos que quieran ser justos.

2833 Se trata de "nuestro" pan, "uno" para "muchos": La pobreza de las Bienaventuranzas entraña compartir los bienes: invita a comunicar y compartir bienes materiales y espirituales, no por la fuerza sino por amor, para que la abundancia de unos remedie las necesidades de otros (cf 2 Co 8, 1-15).

2834 "Ora et labora" (cf. San Benito, reg. 20; 48). "Orad como si todo dependiese de Dios y trabajad como si todo dependiese de vosotros". Después de realizado nuestro trabajo, el alimento continúa siendo don de nuestro Padre; es bueno pedirselo, dándole gracias por él. Este es el sentido de la bendición de la mesa en una familia cristiana.

2835 Esta petición y la responsabilidad que implica sirven además para otra clase de hambre de la que desfallecen los hombres: "No sólo de pan vive el hombre, sino que el hombre vive de todo lo que sale de la boca de Dios" (Dt 8, 3; Mt 4, 4), es decir, de su Palabra y de su Espíritu. Los cristianos deben movilizar todos sus esfuerzos para "anunciar el Evangelio a los pobres". Hay hambre sobre la tierra, "mas no hambre de pan, ni sed de agua, sino de oír la Palabra de Dios" (Am 8, 11). Por eso, el sentido específicamente cristiano de esta cuarta petición se refiere al Pan de Vida: la Palabra de Dios que se tiene que acoger en la fe, el Cuerpo de Cristo recibido en la Eucaristía (cf Jn 6, 26-58).

2836 "Hoy" es también una expresión de confianza. El Señor nos lo enseña (cf Mt 6, 34; Ex 16, 19); no hubiéramos podido inventarlo. Como se trata sobre todo de su Palabra y del Cuerpo de su Hijo, este "hoy" no es solamente el de nuestro tiempo mortal: es el Hoy de Dios:

Si recibes el pan cada día, cada día para ti es hoy. Si Jesucristo es para ti hoy, todos los días resucita para ti. ¿Cómo es eso? 'Tú eres mi Hijo; yo te he engendrado hoy' (Sal 2, 7). Hoy, es decir, cuando Cristo resucita (San Ambrosio, sacr. 5, 26).

2837 "De cada día". La palabra griega, "epiousios", no tiene otro sentido en el Nuevo Testamento. Tomada en un sentido temporal, es una repetición pedagógica de "hoy" (cf Ex 16, 19-21) para confirmarnos en una confianza "sin reserva". Tomada en un sentido cualitativo, significa lo necesario a la vida, y más ampliamente cualquier bien suficiente para la subsistencia (cf 1 Tm 6, 8). Tomada al pie de la letra [epiousios: "lo más esencial"], designa directamente el Pan de Vida, el Cuerpo de Cristo, "remedio de inmortalidad" (San Ignacio de Antioquía) sin el cual no tenemos la Vida en nosotros (cf Jn 6, 53-56) Finalmente, ligado a lo que precede, el sentido celestial es claro: este "día" es el del Señor, el del Festín del Reino, anticipado en la Eucaristía, en que preparamos el Reino venidero. Por eso conviene que la liturgia eucarística se celebre "cada día".

La Eucaristía es nuestro pan cotidiano. La virtud propia de este divino alimento es una fuerza de unión: nos une al Cuerpo del Salvador y hace de nosotros sus miembros para que vengamos a ser lo que recibimos... Este pan cotidiano se encuentra, además, en las lecturas que oís cada día en la Iglesia, en los himnos que se cantan y que vosotros cantáis. Todo eso es necesario en nuestra peregrinación (San Agustín, serm. 57, 7, 7).

El Padre del cielo nos exhorta a pedir como hijos del cielo el Pan del cielo (cf Jn 6, 51). Cristo "mismo es el pan que, sembrado en la Virgen, florecido en la Carne, amasado en la Pasión, cocido en el Horno del sepulcro, reservado en la Iglesia, llevado a los altares, suministra cada día a los fieles un alimento celestial" (San Pedro Crisólogo, serm. 71)

1336 El primer anuncio de la Eucaristía dividió a los discípulos, igual que el anuncio de la pasión los escandalizó: "Es duro este lenguaje, ¿quién puede escucharlo?" (Jn 6,60). La Eucaristía y la cruz son piedras de tropiezo. Es el mismo misterio, y no cesa de ser ocasión de división. "¿También vosotros queréis

marcharos?" (Jn 6,67): esta pregunta del Señor, resuena a través de las edades, invitación de su amor a descubrir que sólo él tiene "palabras de vida eterna" (Jn 6,68), y que acoger en la fe el don de su Eucaristía es acogerlo a él mismo.

2. EXÉGESIS

Manuel de Tuya

Efecto producido por el discurso en los "discípulos" y "apóstoles."

(Jn.6,60-71)

La enseñanza de Cristo produjo, como era natural, sus efectos. En la muchedumbre los dejó ver el evangelista (v.41.42.52). Aquí va a recoger, por su especial importancia, el efecto producido en dos grupos concretos: 1) en los discípulos (v.60-66), y 2) en los apóstoles (v.67-71).

1) Efecto producido por el discurso en los "discípulos" (6,60-66)

⁶⁰ Luego de haberle oído, muchos de sus discípulos dijeron: ¡Duras son estas palabras! ¿Quién puede oírlas? ⁶¹ Conociendo Jesús que murmuraban de esto sus discípulos, les dijo: ¿Esto os escandaliza? ⁶² Pues ¿qué sería si vierais al Hijo del hombre subir allí a donde estaba antes? ⁶³ El espíritu es el que da vida; la carne no aprovecha para nada. Las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida; ⁶⁴ pero hay algunos de vosotros que no creen. Porque sabía Jesús, desde el principio, quiénes eran los que no creían y quién era el que había de entregarle. ⁶⁵ Y decía: Por esto os dije que nadie puede venir a mí si no le es dado de mi Padre. ⁶⁶ Desde entonces muchos de sus discípulos se retiraron y ya no le seguían.

Esta doble enseñanza de Cristo produce "escándalo" en los "discípulos." Estos están contrapuestos a los "apóstoles," y por este pasaje se sabe que eran "muchos." En diversas ocasiones, los evangelios hablan de "discípulos" de Cristo. Para ellos era esta enseñanza "dura," no de comprender, sino de admitir; pues por comprenderla es por lo que no quisieron admitirla. Era doble: que él "bajó" del cielo — **su preexistencia divina** — y que daba a "comer" su "carne."

Cristo les responde con algo que es diversamente interpreta-do. Si esto es "escándalo" para ellos, "¿qué sería si lo vieran subir a donde estaba antes?" Por la "communicatio idiomatum" hace ver su origen divino: donde estaba antes era en el cielo ([Jua 17:5.24](#)), de donde "bajó" por la encarnación. Esta respuesta de Cristo, para unos vendría a aumentarles el "escándalo," al ver subir al cielo al que, por lo que decía y exigía, venían a considerar por blasfemo. Para otros, estas palabras que se refieren a la. ascensión serían un principio de solución: verían un cuerpo no sometido a ley de la gravedad; por lo que a un tiempo demostraba, "subiendo a donde estaba antes," que era Dios, y que podía dar a "comer su carne" de modo prodigioso — eucarístico — sin tener que ser carne partida y sangrante.

Pero, en la perspectiva literaria de Jn, probablemente se refiere a ambas cosas.

Para precisar más el pensamiento, les dice que "el espíritu es el que da vida," mientras que "la carne no aprovecha para nada." De esta frase se dan dos interpretaciones:

Pudiera, a primera vista, parecer esta frase un proverbio, ya que Cristo no dice mi carne. Sin embargo, en la psicología judía, el principio vivificador de la carne, de la vida sensitivo-vegetativa — aunque no muy precisa —, no era el "espíritu" (πνεύμα), sino el "alma" (ψυχή). Por eso, si la expresión procediese de un proverbio, éste estaría modificado aquí por Cristo, con objeto de que sobre él se aplicase esta sentencia.

Así como la carne sin vida no aprovecha, pues el alma, el espíritu vital, es el que la vitaliza, así aquí, en esta recepción de la carne eucarística de Cristo, que no es carne sangrante ni partida, ella sola nada

aprovecharía; **pero es carne vitalizada por una realidad espiritual, divina, que es el principio vitalizador de esa carne eucarística**, y, en consecuencia, de la nutrición espiritual que causa en los que la reciben. Sería una interpretación en función de lo que se lee en el mismo Jn: “Lo que nace de la carne, es carne; pero lo que nace del Espíritu, es espíritu” ([Jua 3:6](#)).⁵¹

La Eucaristía es la “carne de Dios” (Dei caro), que, por lo mismo, **vivifica**. Por eso, el concilio de Efeso condenó al que negase que la “carne del Señor” no es “vivificadora,” pues fue hecha propia **del Verbo poderoso para vivificar todas las cosas**⁵¹.

Otra interpretación está basada en que sólo se afirma con ello la imposibilidad humana de penetrar el misterio encerrado en estas palabras de Cristo. “Carne” o “carne y sangre” son expresiones usuales para expresar el hombre en su sentido de debilidad e impotencia ([Jua 1:14](#); [Mat 16:17](#), etc.). Aquí la “carne,” el hombre que entiende esto al modo carnal, no logra alcanzar el misterio que encierra; **sólo se lo da la revelación del “Espíritu.”**

En función de la interpretación que se adopte está igualmente la valoración del versículo siguiente: “Las palabras que Yo os he hablado, *son espíritu y vida.*”

En el segundo caso, el sentido de éstas es: aunque el hombre por sus solas fuerzas no puede penetrar el misterio de esta enseñanza de Cristo si no es por revelación del Espíritu, éste, por Cristo, dice que estas palabras son “espíritu y vida,” porque son portadoras o causadoras para el ser humano **de una vida espiritual y divina**. En Jn es frecuente que la expresión “es” tenga el sentido de “causar” ([Jua 6:35ss](#)).

En el primer caso, el sentido es que las enseñanzas eucarísticas de Cristo — “las palabras que Yo os he hablado” — son vida espiritual, porque esa carne está vitalizada por una realidad espiritual y divina, que es el Verbo hecho carne ([Jua 1:14](#)).

En la época de la Reforma se quiso sostener que estas palabras de Cristo corregían la interpretación eucarística del discurso sobre el “Pan de vida” de la segunda sección, insistiendo sobre el sentido espiritual de cuanto había dicho sobre su carne y su sangre. Pero esta posición es científicamente insostenible.

En primer lugar, porque la frase, en sí misma, es ambigua e incidental, y podría tomarse en diversos sentidos. Y, en segundo lugar, porque Cristo no iba a rectificar con una sola frase ambigua, e incidentalmente dicha, todo el realismo eucarístico, insistido, sistematizado y en un constante “crescendo,” de su segundo discurso sobre el “Pan de vida.”

Pero estas enseñanzas de Cristo **no encontraron en “muchos”** de sus “discípulos” la actitud de fe y sumisión que requerían. Y las palabras que ellos llamaron “duras,” les endurecieron la vida, y no “creyeron” en El; y “desde entonces,” sea en sentido causal ([Jua 19:12](#)), sea en un sentido temporal ([Jua 19:27](#)), aunque ambos aquí se unen, porque, si fue “entonces” o “desde entonces,” fue precisamente “a causa de esto,” abandonaron a Cristo. En un momento rompieron con El, retrocedieron, y ya “no le seguían.” El verbo griego usado (περιπατούν) indica gráficamente el retirarse de Cristo y el no seguirle en sus misiones “giradas” por Galilea. Pero el evangelista, conforme a su costumbre, destaca que esto no fue sorpresa para Cristo, pues El sabía “desde el principio” quiénes eran los “no creyentes,” lo mismo que quién le había de entregar. Es, pues, la ciencia sobrenatural de Cristo la que aquí destaca de una manera terminante. Este “desde el principio” al que alude, por la comparación con otros pasajes de Jn ([Jua 15:4](#); [1Jn 2:24](#); [1Jn 3:11](#); [2Jn 1:5](#)), hace ver que se trata del momento en que cada uno de ellos fue llamado por Cristo al apostolado.

Juan se complace en destacar frecuentemente la “ciencia” sobrenatural de Cristo.

2) Efecto producido por el discurso en los “apóstoles,” (6:67-71)

Jn, en este capítulo, tan binariamente estructurado, pone ahora la cuestión de fidelidad que Cristo plantea a los “apóstoles.”

El momento histórico preciso al que responde esta escena no exige que sea precisamente a continuación de esta crisis de los “discípulos.” Puede estar estructurado aquí por razón de un contexto lógico.

⁶⁷ Y dijo Jesús a los Doce: ¿Queréis irs vosotros también? ⁶⁸ Respondióle Simón Pedro: Señor, ¿a quién iríamos? Tú tienes palabras de vida eterna, ⁶⁹ y nosotros hemos creído y sabemos que tú eres

el Santo de Dios. ⁷⁰ Respondióle Jesús: *¿No he elegido yo a los Doce? Y uno de vosotros es diablo.*
⁷¹ *Hablaba de Judas Iscariote, porque éste, uno de los Doce, había de entregarle.*

Cristo plantea abiertamente el problema de **su fidelidad ante El**, a causa de esto, a sus “apóstoles.” La partícula interrogativa con que se lo pregunta (μη) supone una respuesta negativa. No dudaba Cristo de ellos, pero habían de hacer esta confesión en uno de esos momentos trascendentales de la vida.

Y le confiesa que no pueden ir a otro, pues **sólo El tiene “palabras de vida eterna,”** porque la enseñan y la confieren, como relatan los evangelios.

Y le confiesa por el **“Santo de Dios,” que es equivalente al Mesías** ([Jua 10:36](#); [Mar 1:24](#)). No deja de ser un buen índice de fidelidad histórica, y del entronque de Jn con los sinópticos, el que aquí, en este evangelio del **“Hijo de Dios”** ([Jua 20:31](#)), se conserve esta expresión. Y ante el “Santo de Dios,” el Mesías, no cabe más que oírle y obedecerle. Ya no bastan Moisés ni los profetas ⁵².

Aquí se contrapone acusadamente su fe en El por los “apóstoles” — “nosotros hemos creído y sabido” — , frente a la incredulidad ligera de los “discípulos” que le abandonaron ([Jua 17:8](#)).

Si la confesión de Pedro en nombre de todos era espléndida, había, no obstante, entre ellos un miserable a quien el Padre no traía,” sino a quien arrastraba, como en otras ocasiones, el Diablo ([Jua 13:2.27](#)). La presencia de Cristo se muestra una vez más. El había elegido “doce,” pero uno “es diablo.” Este era diablo, no en el sentido etimológico de la palabra, de calumniador u hombre que pone insidias, sino en el sentido de ser ministro de Satanás, como lo dirá Jn en otros pasajes ([Jua 13:2.27](#); [Luc 22:3](#)).

El evangelista no omitirá decir que del que hablaba era Judas Iscariote ⁵³, destacando que, siendo uno de los Doce, había de entregarle a los enemigos y a la muerte. Es el estigma con que aparece en el evangelio.

(DE TUYA, M., *Evangelio de San Juan*, en **PROFESORES DE SALAMANCA**, *Biblia Comentada*, BAC, Madrid, Tomo Vb, 1977)

3. COMENTARIO TEOLÓGICO

San Juan Pablo II

MISTERIO DE LA FE

11. « El Señor Jesús, la noche en que fue entregado » (*I Co* 11, 23), instituyó el Sacrificio eucarístico de su cuerpo y de su sangre. Las palabras del apóstol Pablo nos llevan a las circunstancias dramáticas en que nació la Eucaristía. En ella está inscrito de forma indeleble el acontecimiento de la pasión y muerte del Señor. No sólo lo evoca sino que lo hace sacramentalmente presente. Es el sacrificio de la Cruz que se perpetúa por los siglos.(9) Esta verdad la expresan bien las palabras con las cuales, en el rito latino, el pueblo responde a la proclamación del « misterio de la fe » que hace el sacerdote: « *Anunciamos tu muerte, Señor* ».

La Iglesia ha recibido la Eucaristía de Cristo, su Señor, no sólo como un don entre otros muchos, aunque sea muy valioso, sino como *el don por excelencia*, porque es don de sí mismo, de su persona en su santa humanidad y, además, de su obra de salvación. Ésta no queda relegada al pasado, pues « todo lo que Cristo es y todo lo que hizo y padeció por los hombres participa de la eternidad divina y domina así todos los tiempos... ».(10)

Cuando la Iglesia celebra la Eucaristía, memorial de la muerte y resurrección de su Señor, se hace realmente presente este acontecimiento central de salvación y « se realiza la obra de nuestra redención ».(11) Este sacrificio es tan decisivo para la salvación del género humano, que Jesucristo lo ha realizado y ha vuelto al Padre sólo *después de habernos dejado el medio para participar de él*, como si hubiéramos estado presentes. Así, todo fiel puede tomar parte en él, obteniendo frutos inagotablemente. Ésta es la fe de la que han vivido a lo largo de los siglos las generaciones cristianas. Ésta es la fe que el Magisterio de la Iglesia ha reiterado continuamente con gozosa gratitud por tan inestimable don.(12) Deseo, una vez más, llamar la atención

sobre esta verdad, poniéndome con vosotros, mis queridos hermanos y hermanas, en adoración delante de este Misterio: Misterio grande, Misterio de misericordia. ¿Qué más podía hacer Jesús por nosotros? Verdaderamente, en la Eucaristía nos muestra un amor que llega « hasta el extremo » (*Jn* 13, 1), un amor que no conoce medida.

12. Este aspecto de caridad universal del Sacramento eucarístico se funda en las palabras mismas del Salvador. Al instituirlo, no se limitó a decir « Éste es mi cuerpo », « Esta copa es la Nueva Alianza en mi sangre », sino que añadió « entregado por vosotros... derramada por vosotros » (*Lc* 22, 19-20). No afirmó solamente que lo que les daba de comer y beber era su cuerpo y su sangre, sino que manifestó *su valor sacrificial*, haciendo presente de modo sacramental su sacrificio, que cumpliría después en la cruz algunas horas más tarde, para la salvación de todos. « La misa es, a la vez e inseparablemente, el memorial sacrificial en que se perpetúa el sacrificio de la cruz, y el banquete sagrado de la comunión en el Cuerpo y la Sangre del Señor ».(13)

La Iglesia vive continuamente del sacrificio redentor, y accede a él no solamente a través de un recuerdo lleno de fe, sino también en un contacto actual, puesto que *este sacrificio se hace presente*, perpetuándose sacramentalmente en cada comunidad que lo ofrece por manos del ministro consagrado. De este modo, la Eucaristía aplica a los hombres de hoy la reconciliación obtenida por Cristo una vez por todas para la humanidad de todos los tiempos. En efecto, « el sacrificio de Cristo y el sacrificio de la Eucaristía son, pues, *un único sacrificio* ».(14) Ya lo decía elocuentemente san Juan Crisóstomo: « Nosotros ofrecemos siempre el mismo Cordero, y no uno hoy y otro mañana, sino siempre el mismo. Por esta razón el sacrificio es siempre uno sólo [...]. También nosotros ofrecemos ahora aquella víctima, que se ofreció entonces y que jamás se consumirá ».(15)

La Misa hace presente el sacrificio de la Cruz, no se le añade y no lo multiplica.(16) Lo que se repite es su celebración memorial, la « manifestación memorial » (*memoralis demonstratio*),(17) por la cual el único y definitivo sacrificio redentor de Cristo se actualiza siempre en el tiempo. La naturaleza sacrificial del Misterio eucarístico no puede ser entendida, por tanto, como algo aparte, independiente de la Cruz o con una referencia solamente indirecta al sacrificio del Calvario.

13. Por su íntima relación con el sacrificio del Gólgota, la Eucaristía es *sacrificio en sentido propio* y no sólo en sentido genérico, como si se tratara del mero ofrecimiento de Cristo a los fieles como alimento espiritual. En efecto, el don de su amor y de su obediencia hasta el extremo de dar la vida (cf. *Jn* 10, 17-18), es en primer lugar un don a su Padre. Ciertamente es un don en favor nuestro, más aún, de toda la humanidad (cf. *Mt* 26, 28; *Mc* 14, 24; *Lc* 22, 20; *Jn* 10, 15), pero *don ante todo al Padre*: « sacrificio que el Padre aceptó, correspondiendo a esta donación total de su Hijo que se hizo “obediente hasta la muerte” (*Fl* 2, 8) con su entrega paternal, es decir, con el don de la vida nueva e inmortal en la resurrección ».(18)

Al entregar su sacrificio a la Iglesia, Cristo ha querido además hacer suyo el sacrificio espiritual de la Iglesia, llamada a ofrecerse también a sí misma unida al sacrificio de Cristo. Por lo que concierne a todos los fieles, el Concilio Vaticano II enseña que « al participar en el sacrificio eucarístico, fuente y cima de la vida cristiana, ofrecen a Dios la Víctima divina y a sí mismos con ella ».(19)

14. La Pascua de Cristo incluye, con la pasión y muerte, también su resurrección. Es lo que recuerda la aclamación del pueblo después de la consagración: « *Proclamamos tu resurrección* ». Efectivamente, el sacrificio eucarístico no sólo hace presente el misterio de la pasión y muerte del Salvador, sino también el misterio de la resurrección, que corona su sacrificio. En cuanto viviente y resucitado, Cristo se hace en la Eucaristía « pan de vida » (*Jn* 6, 35.48), « pan vivo » (*Jn* 6, 51). San Ambrosio lo recordaba a los neófitos, como una aplicación del acontecimiento de la resurrección a su vida: « Si hoy Cristo está en ti, Él resucita para ti cada día ».(20) San Cirilo de Alejandría, a su vez, subrayaba que la participación en los santos Misterios « es una verdadera confesión y memoria de que el Señor ha muerto y ha vuelto a la vida por nosotros y para beneficio nuestro ».(21)

15. La representación sacramental en la Santa Misa del sacrificio de Cristo, coronado por su resurrección, implica una presencia muy especial que –citando las palabras de Pablo VI– « se llama “real”, no por exclusión, como si las otras no fueran “reales”, sino por antonomasia, porque es sustancial, ya que por ella ciertamente se hace presente Cristo, Dios y hombre, entero e íntegro ».(22) Se recuerda así la doctrina

siempre válida del Concilio de Trento: « Por la consagración del pan y del vino se realiza la conversión de toda la sustancia del pan en la sustancia del cuerpo de Cristo Señor nuestro, y de toda la sustancia del vino en la sustancia de su sangre. Esta conversión, propia y convenientemente, fue llamada transustanciación por la santa Iglesia Católica ».(23) Verdaderamente la Eucaristía es « *mysterium fidei* », misterio que supera nuestro pensamiento y puede ser acogido sólo en la fe, como a menudo recuerdan las catequesis patrísticas sobre este divino Sacramento. « No veas —exhorta san Cirilo de Jerusalén— en el pan y en el vino meros y naturales elementos, porque el Señor ha dicho expresamente que son su cuerpo y su sangre: la fe te lo asegura, aunque los sentidos te sugieran otra cosa ».(24)

« *Adoro te devote, latens Deitas* », seguiremos cantando con el Doctor Angélico. Ante este misterio de amor, la razón humana experimenta toda su limitación. Se comprende cómo, a lo largo de los siglos, esta verdad haya obligado a la teología a hacer arduos esfuerzos para entenderla.

Son esfuerzos loables, tanto más útiles y penetrantes cuanto mejor consiguen conjugar el ejercicio crítico del pensamiento con la « fe vivida » de la Iglesia, percibida especialmente en el « carisma de la verdad » del Magisterio y en la « comprensión interna de los misterios », a la que llegan sobre todo los santos.(25) La línea fronteriza es la señalada por Pablo VI: « Toda explicación teológica que intente buscar alguna inteligencia de este misterio, debe mantener, para estar de acuerdo con la fe católica, que en la realidad misma, independiente de nuestro espíritu, el pan y el vino han dejado de existir después de la consagración, de suerte que el Cuerpo y la Sangre adorables de Cristo Jesús son los que están realmente delante de nosotros ».(26)

16. La eficacia salvífica del sacrificio se realiza plenamente cuando se comulga recibiendo el cuerpo y la sangre del Señor. De por sí, el sacrificio eucarístico se orienta a la íntima unión de nosotros, los fieles, con Cristo mediante la comunión: le recibimos a Él mismo, que se ha ofrecido por nosotros; su cuerpo, que Él ha entregado por nosotros en la Cruz; su sangre, « derramada por muchos para perdón de los pecados » (Mt 26, 28). Recordemos sus palabras: « Lo mismo que el Padre, que vive, me ha enviado y yo vivo por el Padre, también el que me coma vivirá por mí » (Jn 6, 57). Jesús mismo nos asegura que esta unión, que Él pone en relación con la vida trinitaria, se realiza efectivamente. *La Eucaristía es verdadero banquete*, en el cual Cristo se ofrece como alimento. Cuando Jesús anuncia por primera vez esta comida, los oyentes se quedan asombrados y confusos, obligando al Maestro a recalcar la verdad objetiva de sus palabras: « En verdad, en verdad os digo: si no coméis la carne del Hijo del hombre, y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros » (Jn 6, 53). No se trata de un alimento metafórico: « Mi carne es verdadera comida y mi sangre verdadera bebida » (Jn 6, 55).

17. Por la comunión de su cuerpo y de su sangre, Cristo nos comunica también su Espíritu. Escribe san Efrén: « Llamó al pan su cuerpo viviente, lo llenó de sí mismo y de su Espíritu [...], y quien lo come con fe, come Fuego y Espíritu. [...]. Tomad, comed todos de él, y coméis con él el Espíritu Santo. En efecto, es verdaderamente mi cuerpo y el que lo come vivirá eternamente ».(27) La Iglesia pide este don divino, raíz de todos los otros dones, en la epiclesis eucarística. Se lee, por ejemplo, en la *Divina Liturgia* de san Juan Crisóstomo: « Te invocamos, te rogamos y te suplicamos: manda tu Santo Espíritu sobre todos nosotros y sobre estos dones [...] para que sean purificación del alma, remisión de los pecados y comunicación del Espíritu Santo para cuantos participan de ellos ».(28) Y, en el *Misal Romano*, el celebrante implora que: « Fortalecidos con el Cuerpo y la Sangre de tu Hijo y llenos de su Espíritu Santo, formemos en Cristo un sólo cuerpo y un sólo espíritu ».(29) Así, con el don de su cuerpo y su sangre, Cristo acrecienta en nosotros el don de su Espíritu, infundido ya en el Bautismo e impreso como « sello » en el sacramento de la Confirmación.

18. La aclamación que el pueblo pronuncia después de la consagración se concluye oportunamente manifestando la proyección escatológica que distingue la celebración eucarística (cf. *1 Co* 11, 26): « ... *hasta que vuelvas* ». La Eucaristía es tensión hacia la meta, pregonar el gozo pleno prometido por Cristo (cf. *Jn* 15, 11); es, en cierto sentido, anticipación del Paraíso y « prenda de la gloria futura ».(30) En la Eucaristía, todo expresa la confiada espera: « mientras esperamos la gloriosa venida de nuestro Salvador Jesucristo ».(31) Quien se alimenta de Cristo en la Eucaristía no tiene que esperar el más allá para recibir la vida eterna: *la posee ya en la tierra* como primicia de la plenitud futura, que abarcará al hombre en su totalidad. En

efecto, en la Eucaristía recibimos también la garantía de la resurrección corporal al final del mundo: « El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo le resucitaré el último día » (Jn 6, 54). Esta garantía de la resurrección futura proviene de que la carne del Hijo del hombre, entregada como comida, es su cuerpo en el estado glorioso del resucitado. Con la Eucaristía se asimila, por decirlo así, el « secreto » de la resurrección. Por eso san Ignacio de Antioquía definía con acierto el Pan eucarístico « fármaco de inmortalidad, antídoto contra la muerte ».(32)

(SAN JUAN PABLO II, Encíclica *Ecclesia de eucaristia*, año 2003, nº 11 – 18)

4. SANTOS PADRES

SAN JUAN CRISÓSTOMO

“¿TAMBIÉN VOSOTROS QUERÉIS MARCHAROS?”

Decían: Este lenguaje resulta intolerable. ¿Qué significa intolerable? Es decir áspero, trabajoso sobremanera, penoso. Pero a la verdad, no decía Jesús nada que tal fuera. Porque no trataba del modo de vivir correctamente, sino acerca de los dogmas, insistiendo en que se debía tener fe en Cristo.

Entonces ¿por qué es lenguaje intolerable? ¿Por qué promete la vida y ¿Porque afirma haber venido Él del Cielo? ¿Acaso porque dice que nadie puede salvarse sino come su carne? Pero pregunto yo: ¿son intolerables estas cosas? ¿Quién se atreverá a decirlo? Entonces ¿qué es lo que significa ese intolerable? Quiere decir difícil de entender, que supera la rudeza de los oyentes, que es altamente aterrador. Por esto decían: ¿Quién podrá soportarlo? Quizá lo decían en forma de excusa, puesto que lo iban a abandonar.

Sabedor Jesús por Sí mismo de que sus discípulos murmuraban de lo que había dicho (pues era propio de su divinidad manifestar lo que era secreto), les dijo: ¿Esto os escandaliza? Pues cuando veáis al Hijo del hombre subir a donde antes estaba... Lo mismo había dicho a Natanael: ¿Porque te dije que te había visto debajo de la higuera crees? Mayores cosas verás. Y a Nicodemo: Nadie ha subido al Cielo, sino el que ha bajado del Cielo, el Hijo del hombre, ¿Qué es esto? ¿Añade dificultades sobre dificultades? De ningún modo ¡lejos tal cosa! Quiere atraerlos y en eso se esfuerza mediante la alteza y la abundancia de la doctrina.

Quien dijo: *Bajé del Cielo*, si nada más hubiera añadido, les habría puesto un obstáculo mayor. Pero cuando dice: *Mi Cuerpo es vida del mundo*; y también: *Como me envió mi Padre que vive también Yo vivo por el Padre*; y luego: *He bajado del Cielo*, lo que hace es resolver una dificultad. Puesto que quien dice de sí grandes cosas, cae en sospecha de mendaz; pero quien luego añade las expresiones que preceden, quita toda sospecha. Propone y dice todo cuanto es necesario para que no lo tengan por hijo de José. De modo que no dijo lo anterior para aumentar el escándalo, sino para suprimirlo. Quienquiera que lo hubiera tenido por hijo de José no habría aceptado sus palabras; pero quienquiera que tuviese la persuasión de que Él había venido del Cielo, sin duda se le habría acercado mas fácilmente y de mejor gana.

Enseguida añadió otra solución. Porque dice: *El espíritu es el que vivifica. La carne de nada aprovecha.*

Es decir: lo que de Mí se dice hay que tomarlo en sentido espiritual; pues quien carnalmente oye, ningún provecho saca. Cosa carnal era dudar de cómo había bajado del Cielo, lo mismo que creerlo hijo de José, y también lo otro de ¿Cómo puede éste darnos su carne para comer? Todo eso carnal es; pero convenía

entenderlo en sentido místico y espiritual. Preguntarás: ¿Cómo podían ellos entender lo que era eso de comer su carne? Respondo que lo conveniente era esperar el momento oportuno y preguntar y no desistir.

Las palabras que os he dicho son espíritu y son vida; es decir, son divinas y espirituales y nada tienen de carnales ni de cosas naturales, pues están libres de las necesidades que imponen las leyes de la naturaleza de *esta* vida y tienen otro muy diverso sentido. Así como en este sitio usó la palabra *espíritu* para significar espirituales, así cuando usa la palabra *carne* no entiende cosas carnales, sino que deja entender que ellos las tornan y oyen a lo carnal. Porque siempre andaban anhelando lo carnal, cuando lo conveniente era anhelar lo espiritual. Si alguno toma lo dicho a lo carnal, de nada le aprovecha.

Entonces ¿qué? ¿Su carne no es carne? Si que lo es. ¿Cómo pues Él mismo dice: La carne para nada aprovecha? Esta expresión no la refiere a su propia carne lejos tal cosa! sino a los que toman lo dicho carnalmente. Pero ¿qué es tomarlo carnalmente? Tomar sencillamente a la letra lo que se dice y no pensar en otra cosa alguna. Esto es ver las cosas carnalmente. Pero no conviene juzgar así de lo que se ve, puesto que es necesario ver todos los misterios con los ojos interiores, o sea, espiritualmente. En verdad quien no come su carne ni bebe su sangre no tiene vida en sí mismo. Entonces ¿cómo es que la carne para nada aprovecha, puesto que sin ella no tenemos vida? ¿Ves ya cómo eso no lo dijo hablando de su propia carne, sino del modo de oír carnalmente?

Pero hay entre vosotros algunos que no creen. De nuevo, según su costumbre reviste de alteza sus palabras y predice lo futuro y *demuestra* que Él habla así porque no intenta captar gloria entre ellos, sino mirar por su salvación. Cuando dice *algunos* deja entender que son de sus discípulos. Pues ya al principio había dicho: *Me habéis visto, pero no creéis en Mí.* Aquí en cambio dice: *Hay entre vosotros algunos que no creen.* Porque sabía desde el principio quiénes eran los que no creían y quién era el que lo entregaba. Decíales también: *Por esto os he dicho: Nadie puede venir a Mí si no le es otorgado por el Padre.*

Con estas palabras el evangelista da a entender lo espontáneo de su economía redentora y su paciencia. Y no se pone aquí sin motivo la expresión: Desde el principio; sino para que entiendas su presciencia, y que ya antes de pronunciar esas palabras, y no después de que ellos escandalizados habían murmurado, tenía conocimiento del traidor: cosa propia de la divinidad. Luego añadió: Si no le es otorgado por el Padre, persuadiéndoles de esta manera que tuvieran por Padre de Él a Dios y no a José; y declarando no ser cosa de poco precio el creer en Él. Como si dijera: No me conturban ni me admiran los que no creen. Ya lo sabía yo antes de que sucediera. Ya sabía a quiénes lo otorgaría el Padre. Y cuando oyes ese otorgó no pienses que se trata de una especie de herencia, sino cree que lo otorga a quien se muestra digno de recibirlo.

Desde aquel momento muchos de sus discípulos se volvieron atrás, y dejaron definitivamente su compañía. Con exactitud no dijo el evangelista se apartaron, sino: Se volvieron atrás, manifestando así que retrocedieron en el camino de la virtud perdieron la fe que antes tenían, por el hecho de volverse. No procedieron así aquellos doce. Por lo cual Jesús les pregunta; ¿También vosotros queréis marcharos? Manifestó así que no necesitaba de su servicio y culto, y que no era esa la razón de llevarlos consigo. ¿Cómo podía tener necesidad de ellos el Señor que esto les decía?

Pero ¿Por qué no los alaba? ¿Por qué no los ensalza? Desde luego para conservar su dignidad de Maestro, y además para mostrar que así era como debían ser atraídos. Si los hubiera alabado, pensando ellos que le habían hecho algún favor, se habrían ensoberbecido; en cambio, con declarar que no los necesitaba, más los une consigo. Observa con cuánta prudencia ama. No les dijo: ¡Marchaos! pues hubiera sido propio de quien los rechazaba. Sino que les pregunta también vosotros queréis marcharos? Con esto suprimía toda violencia y coacción, y hacía que no se quedaran con Él por vergüenza, que incluso tomaran el quedarse como un favor. Con no acusarlos públicamente sino suavemente punzarlos, nos enseña

en qué forma conviene proceder en tales ocasiones. Pero nosotros procedemos al contrario, porque la mayor parte de las cosas las hacemos por nuestra gloria; y por esto pensamos que salimos perdiendo si se apartan de nosotros los siervos.

De modo que no los aduló ni tampoco los rechazó sino solamente les preguntó. No procedió como quien desprecia, sino como quien no quiere retenerlos por violencia y coacción. Permanecer con Él de este segundo modo hubiera equivalido a dejarlo. Y ¿qué hace Pedro? Dice: ¡Señor! ¿A quién iríamos? Tú *tienes palabras de vida eterna. Y nosotros hemos creído que Tú eres Cristo, el Hijo de Dios vivo.* ¿Ves cómo no fueron las palabras el motivo del escándalo, sino la desidia y pereza y perversidad de los oyentes? Aun cuando Cristo no les hubiera hecho ese discurso, ellos se habrían escandalizado y no habrían cesado de pedirle el alimento corporal y de continuar apegados a lo terreno.

Por el contrario, los doce oyeron lo mismo que los otros; pero como estaban con distinta disposición de ánimo, dijeron: ¿A quién iríamos?: palabras que declaran un grande afecto del alma. Significan que amaban al Maestro sobre todas las cosas, padres, madres, haberes; y que a quienes de Él se apartan no les queda a dónde acogerse. Y luego, para que no pareciera que ese: ¿A quién iríamos? lo habían dicho porque no habría quien los recibiera, al punto Pedro añadió: Tú tienes palabras de vida eterna. Los demás escuchaban de un modo carnal y a lo humano; pero ellos escuchaban espiritualmente y poniéndolo todo bajo la fe.

Por eso Cristo les decía: Las palabras que os he dicho son espíritu. Es decir, no penséis que mis enseñanzas están sujetas a lógica necesaria de las cosas humanas. No son así las cosas espirituales ni soportan que se las sujete a medidas terrenas. Es lo mismo que declara Pablo con estas palabras: No digas en tu corazón: ¿Quién subirá al Cielo? Se entiende para hacer descender a Cristo. O ¿quién bajará al abismo? Se entiende para hacer subir a Cristo de entre los muertos. Tú tienes palabras de vida eterna. Ya habían ellos aceptado la idea de la resurrección y todo lo demás. Pero advierte, te ruego, la caridad de Pedro para con sus hermanos, y cómo toma a su cargo todo el negocio del grupo. Porque no dijo: Yo conocí; sino: Nosotros conocimos. O mejor aún, advierte cómo penetra las palabras mismas del Maestro y habla de un modo distinto al de los judíos. Porque ellos decían: Este es hijo de José en cambio dice: *Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo;* y también: *Tú tienes palabras de vida eterna.* Quizá lo dice porque muchas veces había oído a Cristo repetir: *Quien cree en Mí tiene vida eterna.*

Demuestra de este modo que va conservando en la memoria las palabras de Cristo, puesto que ya Él mismo las usa. ¿Qué hace Cristo? No alabó ni ensalzó a Pedro, como en otra ocasión lo hizo. Sino ¿qué dice?: *¿Acaso no os escogí yo a los doce? ¡Y uno de vosotros es un diablo!* Puesto que Pedro había dicho: *Nosotros hemos creído,* Cristo exceptúa a Judas. En otra ocasión nada dijo Cristo acerca de sus discípulos habiendo Él preguntado: Pero vosotros ¿quién decís que soy yo? respondió Pedro: *Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo.* Ahora, en cambio, como Pedro los englobó a todos y dijo: *Nosotros hemos creído,* justamente Cristo exceptuó del número a Judas. Y lo hace comenzando a revelar la perfidia del traidor con mucha antelación. Aunque sabía que nada le aprovechaba, sin embargo puso Él lo que de estaba de su parte.

Mira también su sabiduría. No lo descubrió, pero tampoco permitió que quedara del todo oculto, tanto para que no se tornara más imprudente y obstinado, como también para no pensar que quedaba oculto, más audazmente se atreviera a su crimen. Por esto en lo que sigue lo reprende más claramente. Pues primero lo mezcló con el grupo cuando dijo: *algunos de entre vosotros que no creen,* lo cual explica el evangelista diciendo: *Porque desde el principio sabía bien Jesús quiénes eran los que no creían y quién era el que lo entregaría.* Como Judas persistía en su incredulidad, más acremente punza diciendo: *Uno de vosotros es un diablo;* pero con el objeto de mantener a Judas aún oculto, aterroriza a todos.

Razonablemente se puede aquí preguntar por qué ahora los discípulos nada dicen, ni dudan, ni temen, ni se miran unos a otros ni preguntan: *¿Acaso soy yo, Señor?* Tampoco hace Pedro señas a Juan para que pregunte al Maestro quién es el traidor. ¿Por qué esto? Fue porque Pedro aún no había escuchado aquella palabra: *¡Apártate de mí, Satanás!* y por lo que aún mismo no temía. Pero después de que se le increpó y de haber él hablado con crecido afecto, no recibió alabanza alguna, sino que se le llamó Satanás, o sea, tropiezo. De modo que cuando escuchó aquella otra palabra: *Uno de vosotros me va a entregar,* entonces sí temió en su corazón. Por otra parte, en esta ocasión Jesús no dice: *Uno de vosotros me va a entregar,* sino:

Uno de vosotros es un diablo. Así no comprendían lo que Él decía y pensaban que únicamente reprendía la perversidad en general.

SAN JUAN CRISÓSTOMO. Homilía LXVI, Ed. Tradición, México, 1981, p. 26-34

5. APLICACIÓN

P. Lic. José A. Marcone, IVE

Reacción ante la Eucaristía: escándalo o consagración

(Jn 6,60-69)

Introducción

En los evangelios se identifican tres clases distintas de discípulos, a modo de círculos concéntricos en torno a Jesús, que es el núcleo.

El primer círculo está compuesto por aquellos que creen en Jesús y en toda su doctrina, pero no hacen vida comunitaria con Él ni abandonan su familia ni sus bienes. Ellos tienen como misión cumplir las bienaventuranzas, tal como se enuncian en Mt 5. Son lo que hoy llamamos simples bautizados.

El segundo círculo está compuesto por aquellos que han abandonado absolutamente todo para seguir a Jesús: casa, familia, mujer, hijos y bienes de cualquier tipo. Viven en comunidad permanente con Jesús y lo obedecen como a su cabeza. Son lo que hoy llamamos ‘religiosos’, que hacen votos de castidad, de pobreza y obediencia y hacen vida fraterna en común. Entre estos discípulos llamados por Jesús también había mujeres.

El tercer círculo, el más cercano a Jesús, es el grupo de los Doce, que tiene a Pedro por cabeza. A este grupo Jesús encomendó el gobierno de toda la comunidad y todos los miembros de la comunidad le obedecían. Representan la jerarquía, con capacidad para dirimir problemas judiciales y para dar órdenes ejecutivas acerca de lo que debe hacerse. Es lo que hoy llamamos el Papa y el Colegio de los Obispos.

Los dos primeros círculos son llamados en el Evangelio simplemente ‘discípulos’. El tercer círculo es llamado ‘los Doce’. En el evangelio de hoy se narra la reacción que tuvieron tanto ‘muchos’ de los discípulos como los Doce ante la revelación del misterio de la Eucaristía.

1. El escándalo

Jesús había revelado de una manera clarísima el misterio de la Eucaristía, con un profundo realismo. Habló claramente de su carne sacrificada que debía ser comida para alcanzar el anhelo más profundo de todo verdadero israelita: la justificación y la vida eterna. Cuatro veces Jesús repite el binomio carne – sangre, expresando la necesidad de alimentarse de ellos para alcanzar la vida eterna, a lo cual hay que agregarle las otras tres veces más que habla sólo de comer su carne (Jn 6,51-56).

‘Muchos de sus discípulos’, es decir, muchos de los que pertenecían al primer y segundo círculo de sus seguidores, dijeron: “Dura es esta palabra. ¿Quién puede escucharla?” (Jn 6,60). De esta manera manifiestan que las palabras de Jesús acerca de la Eucaristía fueron para ellos motivo de escándalo. Que fue un escándalo para ellos lo confirma el mismo Jesucristo cuando dice: “¿Por esto os escandalizáis?” (Jn 6,61). Escándalo es la piedra de tropiezo que es ocasión de caída para alguien, es decir, que lleva a una persona a

su daño o ruina espiritual. La doctrina sobre la Eucaristía fue la piedra de tropiezo que los llevó a su ruina espiritual, es decir, a la separación de Cristo.

Ellos expresan su escándalo diciendo que las palabras de Cristo son ‘duras’ y, por lo tanto, no las pueden soportar (Jn 6,60). Santo Tomás explica qué quieren decir estos discípulos cuando dicen que las palabras de Cristo son duras. Él dice: “Se dice que algo es duro cuando no se lo puede dividir fácilmente, y cuando opone resistencia. Por lo tanto, un discurso es duro o porque opone resistencia a la inteligencia o porque opone resistencia a la voluntad. Un discurso opone resistencia a la inteligencia cuando no podemos entenderlo, y opone resistencia a la voluntad cuando no nos gusta. Ahora bien, las palabras de Cristo fueron duras para estos discípulos de uno y otro modo. En efecto, fueron duras al intelecto, porque super-excedían a la imbecilidad del intelecto de ellos, porque eran carnales y no podían entender lo que decía, que Él les daría de comer su carne. Además, fueron duras a la voluntad, porque dijo muchas cosas acerca de la potencia de su divinidad, cosa que a ellos no les gustaba. Porque aunque estos discípulos creían en Él como profeta, sin embargo, no creían en Él como Dios, y por eso les parecía que Jesús estaba hablando de cosas que, en realidad, lo superaban. Lo mismo se dijo después de San Pablo: ‘Sus cartas son severas y fuertes, mientras que la presencia del cuerpo es pobre y la palabra despreciable’ (2Cor 10,10). (...) La ocasión del escándalo de estos discípulos fue que escucharon al Señor atribuirse a sí mismo prerrogativas divinas. Por eso, dado que ellos lo creían hijo de José, se escandalizaban de las cosas que Él decía de sí mismo”¹.

Entonces, ¿en qué consistió, concretamente, la ‘dureza’ de las palabras de Cristo que los llevó a considerarlas ‘insoportables’? ¿Qué fue lo que sus inteligencias carnales no comprendieron y lo que a sus voluntades no agradó? O sea, en concreto, ¿en qué consistió su ‘escándalo’?

El escándalo, en primer lugar, consistió en la revelación de la divinidad de Cristo presentada a sus almas no dispuestas a creer, es decir, a almas incrédulas. Si bien no parece que en este texto de San Juan San Pedro afirme la divinidad de Cristo, sin embargo San Pedro la afirmará con toda decisión unos meses después en Cesaréa de Filipo. En aquella ocasión, San Pedro dirá a Jesús: “Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo” (Mt 16,16). Al decir ‘Hijo de Dios vivo’ lo estaba confesando como Dios. Los discípulos del evangelio de hoy no creyeron en la divinidad de Cristo y eso fue ocasión de su escándalo respecto a las palabras sobre la Eucaristía. Por eso Jesucristo les dirá: “Hay entre vosotros algunos que no creen” (Jn 6,64). Lo que Jesucristo les está diciendo es: ‘La causa del escándalo de ustedes no es la dureza de mis palabras sino vuestra falta de fe en mi divinidad’. Por eso dice Santo Tomás: “El escándalo de ellos no fue causado por algún defecto de la doctrina de Cristo sino por su falta de fe (*infidelitatem*)”².

Precisamente a eso apunta Jesucristo cuando les dice: “¿Esto los escandaliza? ¿Y cuando vean al Hijo del hombre subir donde estaba antes?” (Jn 6,61-62). Santo Tomás dice que al decir ‘donde yo estaba antes’ está diciendo ‘junto al Padre’ y, con esto, está manifestando su divinidad en cuanto que es la segunda persona de la Santísima Trinidad, que vive unida al Padre. Dice Santo Tomás: “Y por eso, para remover aquella ocasión del escándalo, les dice: ‘¿Y cuándo veáis al Hijo del hombre subir a dónde estaba antes?’ De esta manera les muestra de una manera más abierta su divinidad y que Él era Dios”³.

¹ **SANCTI TOMAE DE AQUINO**, *Super Evangelium S. Ioannis lectura*, caput 6, lectio 8; traducción nuestra. En realidad, hemos traducido la palabra latina *imbecillitas* un poco impropriamente con la palabra castellana ‘imbecilidad’, porque *imbecillitas* significa en latín, en primer lugar, debilidad. Pero nuestra elección en la traducción no está del todo alejada de la realidad, ya que en castellano ‘imbecilidad’ también significa ‘debilidad’ (cf. DRAE, acepción 4).

² **SANCTI TOMAE DE AQUINO**, *Ibidem*; traducción nuestra.

³ “Et ideo hanc occasionem removens, ostendit eis Deus apertius suam divinitatem” (**SANCTI TOMAE DE AQUINO**, *Ibidem*; traducción nuestra). Santo Tomás hace notar, además, que Jesús no los escuchó murmurar a sus discípulos, sino que conoció ‘en su interior’ que ellos murmuraban (cf. Jn 6,61). Los discípulos murmuraron de tal manera que Jesús no los escuchara. Al revelar que Él sabe lo que ellos dijeron, Jesús les está dando, según Santo Tomás, otro indicio de su divinidad.

En segundo lugar, el escándalo para los discípulos de Jesús consistió en que, si bien ellos hubieran estado dispuestos a aceptar que Jesús era el Mesías, sin embargo, nunca estarían dispuestos a aceptar que ese Mesías era un Mesías sufriente y sacrificado y, mucho menos, crucificado. Jesús, al presentar la doctrina de la Eucaristía como carne para ser comida y sangre para ser bebida, está expresando que su cuerpo debe ser sacrificado. Al marcarse con suficiente claridad la realidad de la sangre separada del cuerpo se está presentando con esa misma claridad la realidad del sacrificio. Esta separación entre ‘carne’ y ‘sangre’ es el dato escriturístico sobre el que se asienta toda la teología de la Eucaristía como sacrificio.

Esto es inaceptable para estos discípulos. Su concepción farisaica del Mesías los lleva, precisamente, a un ‘escándalo farisaico’⁴. Ellos, al igual que el común de los judíos, querían un Mesías que fuese un rey temporal que los llevara a un éxito material y temporal. Esto se ve claramente en la actitud que tuvieron en esa misma ocasión cuando, después del milagro de la multiplicación de los panes, quisieron hacerlo rey para que les diera pan material (cf. Jn 6,14-15.26). Jesús va por un camino absolutamente distinto. La misión de Jesús no está orientada al tiempo, a lo temporal. Además, no la lleva a cabo a través de medios humanamente exitosos. Su misión es sobrenatural, mira a la vida eterna, y la lleva a cabo a través de su propio sufrimiento en la cruz, entregando hasta la última gota de sangre, separándola de su cuerpo: “De su costado salió sangre y agua” (Jn 19,34). Salió agua, porque su sangre ya había sido totalmente derramada, es decir, separada de su cuerpo. Precisamente, la sangre, en ese versículo del evangelio de San Juan, es el símbolo de la Eucaristía⁵.

Estas son, fundamentalmente, las dos razones por las cuales estos discípulos consideraron duras e insoportables las palabras de Jesús.

A pesar de que Jesús hace todo lo que está de su parte para remover el escándalo, estos discípulos se muestran pertinaces, perseveran en su incredulidad y consuman su escándalo, es decir, se separan definitivamente de Cristo.

El Leccionario dice: “Se alejaron de Él y dejaron de acompañarlo” (Jn 6,66). No es una buena traducción. El texto original griego dice, literalmente: “Fueron hacia atrás” (*apêlthon eis tà opíso*) y “Ya no andaban con Él” (*oukêti met’ autoû periepátoun*). La Biblia de Jerusalén, correctamente, traduce: “Se volvieron atrás y ya no andaban con Él”. La Vulgata de San Jerónimo traduce: ‘*Abierunt retro et iam non cum illo ambulabant*’. Ese ‘se volvieron atrás’ – ‘*abierunt retro*’ es muy importante. No es solamente una indicación local sino una actitud espiritual. Santo Tomás hace una lectura muy aguda de este hecho. Dice el Aquinate: “No dice ‘se alejaron’ sino ‘se volvieron atrás’ porque lo que quiere decir el evangelista es que ‘se volvieron atrás’ *en la fe*, fe que ya de alguna manera tenían. Pero ahora se separan del cuerpo de Cristo y pierden la vida”⁶. Santo Tomás va, aún, más lejos. Él dice que esta expresión, ‘se volvieron atrás’ (en la fe), implica un ir detrás de satanás. Dice el santo: “Hay algunos que se vuelven atrás en absoluto, es decir, van detrás del diablo (...). De estas fueron aquellas mujeres de las que habla San Pablo: ‘Quiero que las viudas jóvenes se vuelvan a casar (...) pues algunas ya se han extraviado y han ido detrás de satanás’ (1Tim 5,15). Y de estos son también estos discípulos. En efecto, se fueron atrás de satanás”⁷.

⁴ Dice el DRAE: “Escándalo farisaico es el que se recibe o se aparenta recibir sin causa, mirando como reprehensible lo que no lo es”.

⁵ Cf. **DE LA POTTERIE, I.**, *Il mistero del cuore trafitto*, Edizioni Dehoniane Bologna, Bologna, 1988, p. 116 – 120.

⁶ “Non dixit recesserunt sed, *abierunt retro*, a fide, quam secundum virtutem habebant, et praecisi a corpore Christi, vitam perdiderunt” (**SANCTI TOMAE DE AQUINO**, *Ibidem*; traducción nuestra).

⁷ “Sunt enim aliqui qui simpliciter vadunt retro: illi scilicet qui sequuntur Diabolum (...) Et de quibusdam feminis dicitur I Tim. V, 15: *quaedam conversae sunt retro post Satanam*. (...) Isti autem abierunt post Satanam” (**SANCTI TOMAE DE AQUINO**, *Ibidem*; traducción nuestra).

2. Escándalo e instigación satánica

Un caso especial de los que no creen es Judas Iscariote. Él, por elección de Cristo, es uno de ‘los Doce’, pero, por elección propia, es uno de los que no creen en el misterio de la Eucaristía, se vuelve atrás en la fe y va detrás de satanás. El evangelista San Juan desde el primer momento lo pone entre esos discípulos que no creen en la revelación del misterio de la Eucaristía: “En efecto, Jesús sabía desde el primer momento quiénes eran los que no creían y quién era el que lo iba a entregar” (Jn 6,64).

Pero, además, en Judas Iscariote se verifica plena y explícitamente lo que Santo Tomás de Aquino afirmaba que sucede en aquel que, por no querer aceptar el misterio de la Eucaristía, ‘se vuelve atrás’ en la fe: en definitiva, va detrás de satanás. El mismo Jesucristo lo dice: “¿No os he elegido yo a vosotros, los Doce? Y uno de vosotros es un diablo” (Jn 6,70). Y el evangelista agrega: “Hablabla de Judas, hijo de Simón Iscariote, porque éste le iba a entregar, uno de los Doce” (Jn 6,71). Santo Tomás explica que, cuando Jesús dice que Judas es un diablo, lo que quiere decir es que “es un diablo no por naturaleza, sino por su imitación de la malicia diabólica”⁸.

Dice R. Brown: “Para San Juan y San Lucas, la verdadera causa de la traición de Judas no fue la avaricia sino la instigación satánica”⁹. Instigación satánica significa la obediencia consciente a las sugerencias de Satanás. Ahora bien, la instigación satánica en Judas se manifiesta sobre todo ante la Eucaristía. En primer lugar, en el hecho que narra el evangelio de hoy: ante el ‘escándalo’ de la revelación del misterio del sacrificio eucarístico, Judas aceptó la instigación satánica, a tal punto que lo convirtió en un diablo.

Sin embargo, la estocada final será en la Última Cena. En San Juan, la traición de Judas está estrechamente vinculada a la Eucaristía. Es durante la cena eucarística que el diablo pone en el corazón de Judas el deseo de traicionar a Jesús. Lo dice el mismo San Juan: “Durante la cena, cuando ya el diablo había puesto en el corazón a Judas Iscariote, hijo de Simón, el propósito de entregarle...” (Jn 13,2).

Además, Jesús, refiriéndose al traidor dice: “Tiene que cumplirse la Escritura que dice: ‘El que come mi pan ha alzado contra mí su talón’” (Jn 13,18). R. Brown dice que aquí, la palabra ‘pan’, hace mención explícita a la Eucaristía¹⁰. ‘El que ha alzado hacia mí su talón’ es satanás que, emulando lo que el talón de la Mujer del Génesis hará con él, trata de hacer con Cristo¹¹.

Además, el signo que Jesús da para indicar al traidor significa la Eucaristía. En efecto, dice el evangelista: “Mojó el pan y se lo dio a Judas, el de Simón Iscariote. Y tras el bocado de pan, entró en él satanás” (Jn 13,26-27). Este bocado de pan ciertamente que no es la Eucaristía, pero sí hace mención a la Eucaristía, porque es un gesto propio de la liturgia de la cena pascual del cordero¹², cena pascual dentro de la cual se realizó la institución de la Eucaristía.

⁸ **SANCTI TOMAE DE AQUINO**, *Ibidem*; traducción nuestra.

⁹ “Per Giovanni e per Luca, la vera causa del tradimento di Giuda non fu l’avarizia, bensì l’instigazione satanica” (**BROWN, R.**, *Il Vangelo e le Lettere di Giovanni*, Queriniana, Brescia, 1994, p. 99; traducción nuestra).

¹⁰ **BROWN, R.**, *Idem*, p. 101.

¹¹ Respecto a esto dice R. Brown: “Puede ser que en el extraño detalle del ‘talón’, en el v. 18 -el cual recuerda a la serpiente del Génesis que insidia el talón y es aplastada por la descendencia que nacerá de la mujer- Juan vea un elemento de la lucha titánica entre el Salvador y la serpiente, prevista desde los orígenes de la historia” (**BROWN, R.**, *Idem*, p. 102 – 103; traducción nuestra).

¹² Cf. **BROWN, R.**, *Idem*, p. 102.

Por estos motivos dice Mollat: “La comparación entre Jn 13,2.18 y Jn 6,64.70 parece apuntar a una relación entre la institución de la Eucaristía y la traición de Judas. Esta misma relación parece insinuarse en Lucas (cf. Lc 22,19-23)”¹³.

Santo Tomás afirma explícitamente que hay relación entre la instigación diabólica a Judas, su traición a Jesús y la Eucaristía. En efecto, hablando de las palabras de Cristo en las que afirma que uno de los Doce es un diablo, dice: “En su respuesta, Cristo habla ocultamente de uno que es un diablo; pero el evangelista lo descubre cuando dice: ‘Se refería a Judas’. Esto quedó de manifiesto que era verdad cuando, efectivamente, en la Última Cena, se realizó lo que decía Jesús: ‘Entró satanás en él’ (Jn 13,27)”¹⁴. Y explica: “Entró en él satanás quiere decir que fue hecho conforme a la malicia de satanás”¹⁵.

3. La consagración

La actitud de Pedro y de los Doce¹⁶ fue el polo opuesto. Al hablar de la actitud ellos, Santo Tomás habla de la *devotio remanentium*, es decir, literalmente, ‘la devoción de los que permanecen’. Sin embargo, la palabra latina ‘*devotio*’ no significa exactamente lo que expresa la palabra castellana ‘devoción’. En efecto, la palabra latina ‘*devotio*’ proviene del verbo *vovere* que significa ‘dedicar’, ‘consagrar’, ‘sacrificar’, ‘inmolar’¹⁷. Por eso, el significado profundo de ‘*devotio*’ es el de ‘consagración’, o también, ‘dedicación’, en el sentido religioso y cultural del término, e, incluso, en el sentido de ‘sacrificio’ e ‘inmolación’¹⁸. Por eso, la actitud que Santo Tomás atribuye a Pedro y los Doce ante el misterio de la Eucaristía podría traducirse como ‘consagración’, o ‘dedicación’, o ‘sacrificio’, o ‘inmolación’, o, como el mismo Santo Tomás lo llama en la Suma Teológica, ‘amor de holocausto’¹⁹.

En definitiva, Santo Tomás define la reacción de Pedro y los Doce ante la revelación del misterio de la Eucaristía con esta palabra latina: ‘*devotio*’. Incluso ve en aquellos que abandonaron a Jesús y se volvieron atrás en la fe, precisamente, esta falta de ‘consagración’ o ‘dedicación’. Dice Santo Tomás: “Ellos dicen: ‘¿Quién puede escuchar estas palabras?’ (Jn 6,60). Pero esto lo dicen para excusarse y poner un pretexto. En efecto, si ellos *se habían consagrado a Él*, debían escucharlo y hacer caso de sus palabras. Pero como no les gustaba lo que les enseñaba, buscan alguna ocasión para abandonarlo, como dice el libro de los Proverbios: ‘El necio no recibe las palabras de la prudencia’ (Prov 18,2)”²⁰. La expresión que hemos traducido por ‘ellos se habían consagrado a Él’ es ‘*dederant se ei*’. ‘*Dederant*’ es un tiempo del verbo ‘*dedo*’, que significa ‘dedicarse’, ‘consagrarse’²¹.

La consagración de Pedro al misterio de Cristo y de la Eucaristía le arranca a Santo Tomás palabras llenas de admiración: “Pedro, el amador de sus hermanos, el conservador de sus amigos y el que tiene un especial afecto a Cristo, responde por todo el colegio apostólico diciendo: ‘Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna’ (Jn 6,68). (...) Las palabras de Pedro son ostensivas de una gran amistad: ya en ese entonces Pedro honraba a Cristo más que a su padre y a su madre, como bien dice San Juan Crisóstomo”²².

¹³ MOLLAT, D., *Nota a Jn 13,26*, en **BIBLIA DE JERUSALÉN**, Ediciones Desclée de Brouwer, Bilbao, 1975, p. 1529.

¹⁴ SANCTI TOMAE DE AQUINO, *Ibidem*; traducción nuestra.

¹⁵ SANCTI TOMAE DE AQUINO, *Ibidem*; traducción nuestra.

¹⁶ Con excepción de Judas.

¹⁷ Diccionario Vox.

¹⁸ Diccionario Vox.

¹⁹ SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Suma Teológica*, II-II, q. 186, a. 7 c.

²⁰ SANCTI TOMAE DE AQUINO, *Super Evangelium S. Ioannis lectura*, caput 6, lectio 8; traducción nuestra.

²¹ Diccionario Vox.

²² SANCTI TOMAE DE AQUINO, *Ibidem*; traducción nuestra.

Conclusión

El misterio de la Eucaristía sigue siendo hoy motivo de escándalo para muchos discípulos de Cristo a quienes les resulta duro y hasta insoportable que la Eucaristía sea el mismo sacrificio de Cristo en la cruz. También hoy la raíz de este escándalo es una mirada reduccionista del misterio de Cristo, escamoteando u olvidando su divinidad, junto con la concepción farisaica de un Mesías temporal y materialmente exitoso.

Por esta razón, Pedro, a través de su sucesor, el Papa, recuerda a los discípulos de Cristo del tercer milenio, que hay que aceptar el misterio de la Eucaristía tal como lo reveló y lo instituyó Cristo y hay que consagrarse a él. Es lo que hizo San Juan Pablo II, cuando dijo: “Desgraciadamente, junto a estas luces, *no faltan sombras*. (...) Hay en diversos contextos eclesiales, ciertos abusos que contribuyen a oscurecer la recta fe y la doctrina católica sobre este admirable Sacramento. Se nota a veces una comprensión muy limitada del Misterio eucarístico. Privado de su valor sacrificial, se vive como si no tuviera otro significado y valor que el de un encuentro convival fraterno”²³.

Y luego insiste sobre esta verdad: “Al instituirlo, no se limitó a decir «Éste es mi cuerpo», «Esta copa es la Nueva Alianza en mi sangre», sino que añadió «entregado por vosotros... derramada por vosotros» (*Lc 22,19-20*). No afirmó solamente que lo que les daba de comer y beber era su cuerpo y su sangre, sino que manifestó *su valor sacrificial*, haciendo presente de modo sacramental su sacrificio, que cumpliría después en la cruz algunas horas más tarde, para la salvación de todos. «La misa es, a la vez e inseparablemente, el memorial sacrificial en que se perpetúa el sacrificio de la cruz, y el banquete sagrado de la comunión en el Cuerpo y la Sangre del Señor»²⁴.

También en el tercer milenio Pedro, en la voz de San Juan Pablo Magno, vuelve a manifestar su reacción y su actitud fundamental ante el misterio de la Eucaristía, es decir, su *'devotio'*: “Dejadme, mis queridos hermanos y hermanas que, con íntima emoción, en vuestra compañía y para confortar vuestra fe, os dé testimonio de fe en la Santísima Eucaristía. «*Ave, verum corpus natum de Maria Virgine, / vere passum, immolatum, in cruce pro homine!*». Aquí está el tesoro de la Iglesia, el corazón del mundo, la prenda del fin al que todo hombre, aunque sea inconscientemente, aspira. Misterio grande, que ciertamente nos supera y pone a dura prueba la capacidad de nuestra mente de ir más allá de las apariencias. Aquí fallan nuestros sentidos –«*visus, tactus, gustus in te fallitur*», se dice en el himno *Adoro te devote*–, pero nos basta sólo la fe, enraizada en las palabras de Cristo y que los Apóstoles nos han transmitido. Dejadme que, como Pedro al final del discurso eucarístico en el Evangelio de Juan, yo le repita a Cristo, en nombre de toda la Iglesia y en nombre de todos vosotros: «Señor, ¿donde quién vamos a ir? Tú tienes palabras de vida eterna» (*Jn 6, 68*)²⁵.

²³ SAN JUAN PABLO II, Encíclica *Ecclesia de eucaristia*, año 2003, nº 10.

²⁴ SAN JUAN PABLO II, Encíclica *Ecclesia de eucaristia*, año 2003, nº 12. Y en el nº 52 de esta misma encíclica anuncia que ha ordenado a los Dicasterios correspondientes “que preparen un documento más específico, incluso con rasgos de carácter jurídico, sobre este tema de gran importancia. A nadie le está permitido infravalorar el Misterio confiado a nuestras manos: éste es demasiado grande para que alguien pueda permitirse tratarlo a su arbitrio personal, lo que no respetaría ni su carácter sagrado ni su dimensión universal”. Este documento anunciado por San Juan Pablo Magno fue publicado en el 2004: **CONGREGACIÓN PARA EL CULTO DIVINO Y LA DISCIPLINA DE LOS SACRAMENTOS**, Instrucción *Redemptionis Sacramentum*, sobre algunas cosas que se deben observar o evitar acerca de la Santísima Eucaristía, 25 de marzo de 2004. En este documento se señalan con gran severidad las falsas concepciones de la Eucaristía y los abusos que, en este tercer milenio, se realizan en su celebración.

²⁵ SAN JUAN PABLO II, Encíclica *Ecclesia de eucaristia*, año 2003, nº 59.

No quiso ser un rey del pan.

El anuncio de la eucaristía produjo una de las mayores crisis de su vida. Su promesa de dar su cuerpo, sangre, alma y divinidad por el bien de las almas de los hombres le hizo perder mucho de lo que había ganado. Hasta entonces tenía casi a todo el mundo tras Él. En primer lugar, a las masas o al pueblo común; en segundo lugar, a la minoría, a los intelectuales, a los guías espirituales, y, finalmente, a sus propios apóstoles. Pero esta elevada doctrina espiritual era demasiado para ellos. El anuncio de la Eucaristía fue un impacto terrible sobre sus seguidores. Nada tiene de extraño que en el cristianismo haya habido tan grande división de sectas cuando cada persona decide por sí misma si ha de aceptar un segmento del círculo de la verdad de Cristo o el círculo entero. Nuestro Señor mismo fue el responsable de ello; pidió una fe que resultaba excesiva para la mayoría de las personas; su doctrina era demasiado sublime. Si Él hubiera sido de mente un poco más mundana, si hubiese permitido que sus palabras pudieran ser consideradas como figuras retóricas, y sólo con que hubiera sido menos autoritario, habría podido llegar a ser más popular.

Pero hizo vacilar a todos sus seguidores. El Calvario sería la guerra caliente que se desencadenaría contra Él; y esto era el comienzo de la guerra fría. El Calvario sería la crucifixión física; esto otro era la crucifixión social.

Perdió a las masas.

Creó un cisma entre sus discípulos.

Incluso debilitó su bando apostólico.

Perdió a las masas: las masas estaban generalmente interesadas tan sólo en los milagros y en la seguridad. Cuando multiplicó los panes y los peces, abrieron los ojos llenos de sorpresa. Llenando sus estómagos, satisfizo su sentido de justicia social. Ésta era la clase de rey que ellos querían, un rey del pan. “¿Qué otra cosa puede hacer la religión por el hombre, salvo darle seguridad social?”, parecían preguntar. Las masas intentaron obligarle a ser rey. ¡Esto era también lo que quería Satán! Llenar el estómago, convertir las piedras en pan y prometer prosperidad; esto es para la mayoría de los mortales el fin de la vida.

Pero nuestro Señor no quería una realeza basada en la economía de la abundancia. Llegar a ser rey era asunto de su Padre, y no de ellos. Su reinado sería de corazones y almas, no del aparato digestivo. Así el evangelio nos refiere que huyó a las montañas, Él solo, para escapar de la corona de oropel y a la espada de hojalata que querían ofrecerle.

¡Cuán cerca estaban de la salvación aquellas masas! Querían vida; Él quería darles *vida*. La diferencia estribaba en la interpretación que ellos daban a esta palabra. ¿Es acaso propio de Cristo granjearse seguidores por medio de elaborados programas sociales? Esto es una forma de vida. ¿O es propio de Cristo enajenarse a todos lo que sólo piensan en el estómago, a cambio de ganar a los pocos que tiene fe, a los cuales será dado el pan de vida y el vino que engendra vírgenes? A partir de aquel día Cristo jamás ganó a las masas; dentro de veinte días éstas vociferarían: “¡Crucifícale!” cuando Pilato les dijera: “Mirad a vuestro rey” Cristo no puede tener a todo el mundo unido a Él, la culpa es de Él, por ser demasiado divino, demasiado interesado en las almas, demasiado espiritual para la mayoría de los hombres.

Aquel día se enajenó, también un segundo grupo, a saber, la minoría, a los guías intelectuales y religiosos. Le aceptaría como un reformador suave y amable que no dejara las cosas de modo indiferente de como estaban, pero, al llegar a decirles que daría su propia vida de un modo más íntimo que como la madre da la vida a su hijo con la leche de su pecho, aquello era ya demasiado. Así nos dice el evangelio:

Muchos de sus discípulos,

al oír esto, dijeron:

“¡Dura es esta palabra! ¿Quién puede oírla?”

Jn 6, 60.

| Por esto muchos de sus discípulos

se volvieron atrás,

y ya no andaban con Él

Jn 6, 66

Ciertamente, nuestro Señor o les habría permitido que se marcharan si no hubieran comprendido lo que Él les decía: que nos daría su propia vida para que nosotros pudiéramos vivir. Sólo podía tratarse de que, entendiéndolo rectamente, no pudieran tragar aquella verdad. Y por esto consintió que se fueran. Cuando se iban, Él les dijo:

¿Os escandaliza?

¿Pues qué, si vieras al hijo del hombre
subir a donde antes estaba?

Jn 6, 23

Por supuesto, estaba probando la fe de ellos. ¿No tienen los hombres razón para pensar? ¿Qué era lo que Él estaba esperando que creyeran? ¿Que era Dios? ¿Qué cada una de las palabras que decían era la Verdad absoluta? ¿Qué a las almas hambrientas les daría la misma vida divina que ahora estaban contemplando con sus ojos? ¿Por qué no olvidar este pan de vida y convertirlo en una figura del lenguaje? Así nuestro Señor los miraba marchar; y ellos nunca más volvieron. Algún día los encontraría azuzando a las masas contra Él; puesto que, no todos le habían abandonado por la misma razón, todos ellos coincidían en que habían de alejarse de Él.

Al hablar del pan de vida, Cristo perdió tanto el trigo como la paja. Pero ahora le llegaba la ruptura que le causó la mayor de sus aflicciones, una aflicción enorme que mil años antes había sido profetizada como una de las laceraciones humanas que habrían de torturar su alma; la pérdida de Judas. Muchos se extrañan que Judas rompiera con nuestro Señor; piensan que fue solamente hacia el fin de la vida de nuestro Señor, y que fue solamente el amor al dinero lo que le impulsó a la ruptura. Cierto es que se trataba de avaricia, pero el evangelio nos refiere la asombrosa historia de que Judas rompió con nuestro Señor el día en que éste anunció que daría su carne para la vida del mundo. En medio de esta larga historia del cuerpo y la sangre de Cristo, el evangelio nos dice que nuestro Señor sabía quién era el que había de entregarle. Para indicar que lo sabía, dijo:

¿No os escogí yo a vosotros, los doce?

y uno de vosotros es diablo.

Jn 6, 61

Esta promesa del pan celestial trastornó por completo a Judas, agrietó su alma, por así decirlo; y cuando el Maestro dio la eucaristía en la noche de la última cena, Judas quedó moralmente deshecho y le traicionó.

Ahora nuestro Señor estaba prácticamente solo. Solamente ciento veinte personas esperarían su Espíritu por pentecostés. Había perdido a los tres tipos de personas; vio como las masas le abandonaban, la minoría se alejaba de su lado y Judas se preparaba para entregarle. Así se volvió al único a quien había unido íntimamente consigo, a aquel cuyo nombre había él cambiado de Simón en Pedro, o Roca, y le dijo:

¿No queréis iros vosotros también?

Respondióle Simón Pedro:

Señor, ¿A quién iremos?

Tú tienes palabras de vida eterna;

y nosotros hemos creído y conocido

que tú eres el Cristo,

el hijo de Dios vivo.

Jn 6, 67- 69

Pero el corazón de Cristo tenía ya una cruz en él. Uno de sus doce apóstoles era un traidor. La minoría, que estaba entre sí dividida, ahora se unirá para ir contra Él. Y los cinco mil que habían estado en contacto con su mano rehusaron estar en contacto con su corazón. Las fuerzas se estaban aprestando para “la hora”.

(FULTON SHEEN, *Vida de Cristo*, Herder, Madrid, 1996, pag. 151- 154)